

# INCIDENCIA SOBRE LA ESTRUCTURA SOCIAL AGRARIA

Por  
ANTONIO GAMIZ LOPEZ  
Dr. Ingeniero Agrónomo

## SUMARIO

I. CRISIS DE ALIMENTOS Y EXPECTATIVAS DE LOS AGRICULTORES: Las causas de la crisis. Las expectativas de los agricultores.—II. ESTRUCTURA SOCIAL AGRARIA Y DESARROLLO CAPITALISTA EN LA AGRICULTURA ESPAÑOLA: Notas sobre la estructura social del campo español. Naturaleza del proceso de cambio.—III. REPERCUSIONES DE LA ESTRUCTURA SOCIAL AGRARIA.

### I. CRISIS DE ALIMENTOS Y EXPECTATIVAS DE LOS AGRICULTORES

**E**N los últimos dos años y preferentemente en medios de supuesta representación profesional de los agricultores, son frecuentes las formulaciones que reclaman para el sector un papel de mayor protagonismo en el orden social de hoy y del futuro. Afirmaciones del tono: «Esta es la hora de la agricultura y los agricultores», suponen un cambio notable respecto a las tradicionales peticiones de atención, de un colectivo con conciencia de marginado.

¿Qué hechos económicos son los que determinan la nueva situación y han generado tales expectativas entre los agricultores? Su descripción —aunque debo suponerla sobradamente conocida—, así como su previsible evolución futura, será el primer objeto de atención. Ello ciertamente no se justifica por la suficiencia de mis conocimientos, sino por entender que de la respuesta que a su carácter demos se ha de seguir el significado que para los agricultores ha de tener.

En un segundo apartado intentaremos clarificar cual es la composición de ese colectivo de agricultores, y el proceso de cambio que les afecta —indudablemente de forma desigual— y que a nuestro juicio

---

no es otro que el que se deduce del desarrollo del capitalismo en la agricultura.

Por último, terminaremos formulando nuestras apreciaciones acerca de la forma en que cada una de las categorías socioeconómicas que componen la estructura social agraria, y esta misma en su conjunto, se va a ver afectada.

#### LAS CAUSAS DE LA CRISIS

Es preciso acordar desde un principio que la presente situación no puede ser explicada sin una multiplicidad de referencias a problemas que por otro lado están estrechamente interconexos. Crisis energética, carestía de materias primas, inflación y desequilibrio extremo del sistema monetario internacional, son todos ellos —junto con la carencia mundial de alimentos— problemas difícilmente separables, y aspectos distintos de la disfuncionalidad del modelo económico vigente, y de la crisis en el sistema establecido de relaciones internacionales que lo sostiene.

El tratamiento aislado de la crisis de alimentos, en la que nos centraremos, sólo puede justificarse en la necesidad de acotar el campo de análisis.

El documento (1) presentado por las Naciones Unidas en la reciente Conferencia de Roma sobre la situación alimentaria mundial, resume en las siguientes cuatro, las causas de la crisis:

- Las desastrosas condiciones meteorológicas, que en 1972 determinaron un descenso de la producción mundial de alimentos del 1 por 100, frente a un aumento del 2 por 100 de la población.
- El auge sin precedentes de la actividad económica en los países en desarrollo, que provoca un alza en la demanda de productos básicos.
- La inestabilidad monetaria y la inflación mundial, que origina actividades especulativas. Atesoramiento de alimentos y materias primas, de mayor seguridad que divisas y acciones.
- Elevación desproporcionada de precios de fertilizantes y energía, como consecuencia de la crisis energética.

Sin embargo, esta enumeración de las causas se limita en exceso a seleccionar las circunstancias más inmediatas. Simantov, director

(1) NACIONES UNIDAS. Conferencia Mundial de la Alimentación. *Evaluación de la situación alimentaria mundial*. E/Conf. 65/3. (Roma, noviembre, 1974). Págs. 1 y 2.

de Agricultura de un organismo tan poco sospechoso de tercermundismo como la OCDE, anota una causa más en profundidad: la progresión de la tasa de auto-aprovisionamiento alimentario en los países industriales, que ha conducido en los mismos a políticas de reducción de la producción (2). Como apunta Edmundo FLORES en frase feliz, «son ya muchos años aprendiendo como evitar excedentes» los países desarrollados, despreciando las necesidades conocidas de los países deficitarios de alimentos.

Tampoco pueden olvidarse aquí las implicaciones que se derivan del sistema de intercambios internacionales impuesto, y al que han hecho especial referencia en la reciente Conferencia Mundial de la Alimentación, los países incluidos en el llamado «Grupo de los 77». De un lado, por las trabas que se interponen a las exportaciones de ciertos productos agrarios de los países en vías de desarrollo, como una secuela del proteccionismo agrario bien conocido de los países industrializados. De otro, por el constante deterioro de la relación de intercambio comercial por ambos grupos de países durante muchos años, que ha drenado la capacidad de compra —industrias, maquinaria, tecnología y restantes inputs agrarios— de los países en vías de desarrollo.

Las responsabilidades de los países desarrollados no se agotan aquí. Sería injusto olvidar que la actual situación que atraviesan muchos de los países subdesarrollados tiene su raíz, en primer término, en la acción colonizadora de los hoy países industriales, que rompiendo su otra civilización agrícola, los transformaron en productores de materias primas para las metrópolis, para someterlos después a las relaciones de dependencia que hoy caracterizan el orden económico del capitalismo internacional.

#### LAS EXPECTATIVAS DE LOS AGRICULTORES

El resultado constatable de estas tensiones y de las circunstancias ya apuntadas, ha sido en los últimos años una demanda alimentaria insatisfecha y una elevación de los precios de los productos agrarios, sin precedentes desde la segunda guerra mundial.

De la nueva situación, los agricultores esperan un cambio favorable del papel que hasta ahora tenían asignado en las sociedades industriales y que entiendo puede formularse en los siguientes términos:

(2) A. SIMANTOV: "Que penser des difficultés sur les marchés agricoles". *L'Observateur de l'OCDE*. Febrero 1974. Recogido en el BIE del IEAS, mayo-junio 1974.

Hasta aquí los agricultores se sabían productores de *bienes escasamente* valorados y desde luego en menor grado que los de origen industrial. Se sentían *presionados* a producir a costes lo más bajos posibles, para lo que se les exigía una constante racionalización de sus explotaciones. Por último, constituían una categoría a la que la sociedad concedía un *escaso prestigio social*.

De la presente situación, ellos confían en que se deduzcan cambios en el sentido de que lo que se les demande sea sobre todo *producir*, y ello sin regateo de precios; confían *mejorar su nivel* relativo de rentas y elevar su prestigio social. Incluso de las manifestaciones que se siguen en los medios de comunicación social parece deducirse una cierta e ingenua reivindicación de un *mayor protagonismo* en el momento presente.

La respuesta a las posibilidades que estas expectativas tienen de plasmarse en realidad, va ligada —a nuestro entender— al sentido que concedemos a la actual crisis alimentaria. Por ello, aunque las dificultades que plantea el formular afirmaciones sobre el carácter coyuntural o permanente de la crisis, son obvias, su consideración resulta obligada.

Con esta intención de clarificar la naturaleza de la crisis alimentaria actual, conviene recordar en primer lugar que la carencia de alimentos no es algo nuevo en el mundo. Hace tiempo que es ya un tópico el hambre real de los dos tercios de la humanidad. Si esto es algo más que una frase, distinciones entre el «hambre perenne» y el «hambre accidental» —entendiendo por esta última la promovida por trastornos de la Naturaleza, similares a la sequía de 1973—, como las que se han manejado en la ya citada Conferencia Mundial de la Alimentación (3), carecen de significación. El hambre es una sola, y demasiado grave como para admitir el juego de matices.

Lo que sí ha sido nuevo en la presente situación es la falta de alimentos en algunos países con capacidad de compra. Junto con otro hecho coyuntural —la desaparición de la anchoveta peruana al abandonar la corriente de Humboldt su curso habitual en 1972—, las fuertes adquisiciones de cereales por Rusia y China, son las responsables del descenso de stocks de cereales de EE.UU. y Canadá, y de las elevaciones de precios de esos cereales y de los sucedáneos proteínicos como la soja.

Añádanse aquí, si se quiere, otras circunstancias que han acompa-

---

(3) Discurso del doctor Carlos Rafael RODRÍGUEZ, viceprimer ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba. Pág. 1.

ñado al fenómeno alcista: inflación mundial, demanda especulativa, crisis energética, elevación de costes de inputs agrarios, etc.

El resultado ha sido que las elevaciones de precios de los alimentos ha llevado este mercado a posiciones de inaccesibilidad para los más pobres de los países en vías de desarrollo. Al mismo tiempo que ha hecho desaparecer —disminuir extraordinariamente— la ayuda alimentaria en los momentos en que ha sido más necesaria. En definitiva, una agravación de la situación de hambre ya existente.

Ahora bien, ¿puede preverse que esta insuficiencia de alimentos tenga un carácter permanente en los países industrializados? La respuesta debe ser, a nuestro entender, rotundamente negativa. La tasa de crecimiento de la producción agraria de los países desarrollados viene siendo del 2,8 por 100, muy por encima de su crecimiento vegetativo. Un ligero cambio de orientación en sus políticas agrarias de reducción de la producción, con pocos esfuerzos de intensificación de esa producción, conseguirán reponer fácilmente los stocks... y a poco que se arriesgue se conseguirán nuevos excedentes. Por supuesto, que en relación al mercado, que no en relación a las necesidades mundiales de alimentos.

No se trata de un problema de incapacidad, sino de una consecuencia del orden económico existente, ya que ateniéndonos a la opinión de los expertos, no hay duda alguna acerca de la capacidad de los agricultores para, a medio plazo, satisfacer las necesidades alimentarias básicas de la población mundial.

¿Cuáles son, pues, para concluir, las perspectivas futuras, cómo evolucionará la actual situación y en qué medida el papel de los agricultores de los países industriales se revalorizará?

Las diferencias entre el aumento anual de la demanda de alimentos en los países en desarrollo (3,6 por 100) y el aumento tendencial de la producción (2,6 por 100 anual) en esos mismos países implica un desequilibrio notable. Sólo para los países en desarrollo con economía de mercado, y refiriéndose exclusivamente a los cereales, el déficit neto ascenderá en 1985 a 85 millones de toneladas métricas (4). Una estimación del coste de esta importación al promedio de 1973-74 de 200 dólares EE.UU. por tonelada de todos los cereales supondría la impresionante cifra de 17.000 millones de dólares. A los

(4) Véase en este sentido C. A. YANDLE: "El comercio mundial de cereales". *Finanzas y Desarrollo*. Vol. II, núm. 1, marzo, 1974, pág. 28.

(5) Debe tenerse en cuenta que en el período 1969-71 ese déficit ha sido solamente de 16 millones de Tm. Véase: Naciones Unidas: *Evaluación de la situación Alimentaria Mundial*. Ob. cit., pág. 97.

mismos autores del informe les resultó «difícil concebir» que los países en desarrollo puedan exportar los bienes suficientes para adquirir esos alimentos, dados los actuales acuerdos comerciales vigentes.

La resolución del problema exigiría, como se hizo notar en la Conferencia (6), la *reforma en profundidad del sistema* de comercio internacional por un lado, y de otro, un *cambio radical en la definición de las políticas agrícolas* de los países industrializados. Habría de sustituirse la «noción de producción en función del mercado» por la de «producción para satisfacer las necesidades alimenticias de la humanidad».

Salvo que se esté dispuesto a creer en la emergencia de una conciencia colectiva solidaria y universal, y que la misma sea suficiente para romper el orden social, económico y político vigente, difícilmente puede concederse viabilidad a tales medidas, y probabilidades de éxito a la resolución del problema del hambre en el mundo.

Por ello, en tanto dure la inestabilidad e incertidumbre del mercado mundial de productos agrarios, los agricultores de los países industrializados disfrutarán de un período de precios agrarios en alza. Incluso puede preverse que una buena parte de los precios de esos productos agrarios registraron alzas anuales superiores a las escasísimas tenidas desde después de la segunda guerra mundial hasta los inicios de la crisis actual. Ahora bien, una vez que se renueven los stocks nacionales, su papel seguirá siendo el mismo: productores de «excedentes». El «hambre» no tiene acceso al mercado.

## II. ESTRUCTURA SOCIAL AGRARIA Y DESARROLLO CAPITALISTA EN LA AGRICULTURA ESPAÑOLA

Una vez sentado que, desde nuestro punto de vista, de la evolución de la actual crisis mundial de alimentos no se ha de seguir un cambio cualitativo en la posición social y en el papel de los agricultores de las sociedades industrializadas en general, y en particular de nuestro país, algunas precisiones son necesarias.

En primer término, la heterogeneidad como propiedad consustancial al colectivo de agricultores. Hablar de la agricultura española o de los agricultores, como un todo homogéneo, sólo puede ser válido en una muy primera aproximación. Si se quiere dar respuesta —inde-

---

(6) Discurso pronunciado por Layachi YAKER, ministro de Comercio de la República Argelina Democrática y Popular.

pendientemente del acierto o desacierto de ésta— a las repercusiones que la actual crisis tiene o va a significar para los agricultores, es indispensable precisar a qué categoría de agricultor nos referimos. Es necesario, en definitiva, especificar siquiera someramente cuál es la actual estructura social agraria, sobre la que incide. Tanto más cuanto que el falso planteamiento de los agricultores como un colectivo indiferenciado, y en comunidad de interés, es la plataforma más frecuentemente utilizada para argumentar y defender una política agraria favorable a muy concretos intereses de clase.

En segundo lugar, que la estructura social agraria no debe considerarse algo estático, sino precisamente vigente a una intensa dinámica, la que corresponde al desarrollo de las formas capitalistas de producción en la agricultura. A la luz de esa dinámica —en qué medida la favorecen o interfiere— deben ser analizados los efectos de la actual crisis.

#### NOTAS SOBRE LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL CAMPO ESPAÑOL

Debemos significar desde un principio que la descripción de la estructura social y por consiguiente el análisis ulterior, se refiere específicamente a la estructura social agraria y no al sistema de estratificación social —más amplio, aunque también más vago— de lo que se conoce como sociedad rural. Trataremos, por tanto, de la estructura social de la población empeñada en la actividad agraria. Otras categorías, tales como la pequeña burguesía rural de comerciantes o funcionarios, quedarán fuera de esta descripción.

Según las fuentes estadísticas más fiables, la población ocupada en la agricultura en nuestro país se distribuye según las siguientes cinco categorías socioeconómicas:

*Cuadro 1*

#### CAMBIOS EN LA COMPOSICION DE LA POBLACION ACTIVA AGRARIA SEGUN CATEGORIAS SOCIOECONOMICA (1964-1972)

	1964		1971	
	<i>Miles de personas</i>	%	<i>Miles de personas</i>	%
Empleadores ... ..	71,6	1,8	39,1	1,2
Empresarios sin asalariados ... ..	1.453,2	36,7	1.282,6	38,4
Obreros independientes ... ..	31,6	0,6	23,7	0,7
Ayuda familiar ... ..	1.216,8	30,7	1.007,8	30,2
Asalariados ... ..	1.187,0	30,0	989,1	29,5
TOTAL POBLACION AGRARIA ... ..	3.960,0	100,0	3.342,3	100,0

Fuente: INE. *Encuesta de Población Activa*.

— 1964 - (Madrid, 1965). Págs. 95 y 129.

— 1971 - (Madrid, 1973). Pág. 5.

Eludiremos en el análisis la consideración de la categoría constituida por los obreros independientes, de tan reducido número como escasa significación social.

También tienen una pequeña representación numérica la categoría de empleadores. Ahora bien, al coincidir en ellos generalmente, la propiedad de la tierra y el mayor poder en la sociedad rural —en razón de la desigual distribución de aquella—, por su importante triple papel económico, social y político, deben ser considerados como una auténtica clase social.

Ciertamente, que incluso dentro de esta reducida categoría, cabe hacer distinciones en razón de la vinculación o separación de la propiedad de la tierra y la titularidad de la explotación, del tamaño de ésta, del volumen de asalariados empleados, etc., etc. El nivel de agregación nacional en que la descripción se plantea, así como la generalidad del análisis que seguirán, entendemos recomienda el prescindir de estas matizaciones y justifica la simplificación, tanto en este como en las restantes categorías.

Los asalariados agrícolas son, sin duda, la categoría socioeconómica que menores problemas plantea a su definición. La necesidad absoluta de enajenar su fuerza de trabajo les caracteriza. En razón de la conveniencia de tipificar modelos de agricultura, puede afirmarse que, junto con la categoría de empleadores, dan cuerpo a la agricultura de gran explotación o agricultura capitalista propiamente dicha.

Mucho más difusa resulta la imagen de la categoría de «pequeños empresarios con asalariados». Al interno de esta categoría existen diferencias no sólo de grado, sino también cualitativas. Algunos de entre ellos son propietarios de la tierra, en tanto que otros sólo lo son de los otros medios de producción. Los hay, al fin, quienes como algunos tipos de aparceros apenas pueden ser distinguidos de los asalariados agrícolas propiamente dichos, por su mayor seguridad en el empleo.

Esta categoría, junto con la de «ayudas familiares», por definición no asalariados, constituirían el colectivo de agricultores del otro polo, del frecuentemente utilizado modelo dual en que se conviene dividir la agricultura española. Es lo que conocemos como agricultura de carácter familiar, y significa nada menos que más de los dos tercios del total de población ocupada en la actividad agraria.

El desdibuje de su perfil, entiendo debe ser explicado por constituir residuos de un periclitado modo de producción, subordinado en

la compleja formación social de la agricultura española de hoy, al que es dominante: el modo de producción capitalista (7).

Por ello es precisamente el tipo de agricultura sometido a unas mayores tensiones y a una dinámica más intensa, lo que nos llevará más adelante a distinguir en su seno dos subtipos.

Antes de entrar en el análisis del proceso de cambio experimentado por la estructura social agraria descrita, es interesante recordar el carácter de las relaciones entre ambas formas de agricultura. Formas de explotación capitalista y de carácter familiar, coexisten sin interdependencia funcional, al estilo de la simbiótica mantenida por el tradicional binomio latifundio-minifundio, cuyo paradigma se ejemplariza en América Latina (8). Ello explica que uno de esos modos de producción entre en crisis, sin que el otro arriesgue su supervivencia. Aún con todas las excepciones a admitir debemos acordar incluso su ubicación fundamental en zonas geográficas distintas, que puede seguirse por el distinto grado de proletarización de las regiones españolas.

Dicho esto, debemos recordar también que la interrelación, sin embargo —y obviamente— se establece a través del mercado de productos agrarios. Y este es, en definitiva, como recientes trabajos han puesto de manifiesto (9), el que —aunque lentamente— va determinando la adecuación de un modo de producción al sistema económico vigente y la decadencia de otras fórmulas.

#### NATURALEZA DEL PROCESO DE CAMBIO

Los análisis de los estudios antes citados, y la más elemental contrastación empírica de la evolución de la agricultura española, dejan pocas dudas del carácter del proceso de cambio en que la misma se encuentra envuelta. La dinámica de la sociedad española en su con-

---

(7) E. FIORAVANTI: *El concepto de modo de producción*. (Barcelona, E. Península, 1972), págs. 57 y ss.

(8) Son numerosas las descripciones del funcionamiento de este sistema. Merecen destacarse entre otras: ALAIN BIROU: *Fuerzas Campesinas y Políticas agrarias en América Latina* (Madrid, IEPAI, 1971), págs. 49 y ss.; YVES GOUSSAULT: "Modes de production et développement des formations agraires", *Revue Tiers-Monde*. Tome XXII, núm. 52, octubre-diciembre, 1972, págs. 734 y ss.

(9) Entre ellos: JOSÉ M. NAREDO: *La evolución de la agricultura en España* (Barcelona, Estela, 1971); J. L. GARCÍA DELGADO y SANTIAGO ROLDÁN: "Contribución al análisis de la agricultura tradicional en España: Los cambios decisivos de la última década", en *La España de los años 70: La Economía* (Madrid, Moneda y Crédito, 1973), páginas 253 a 323.

Cuadro 2

EVOLUCION DE LA MANO DE OBRA ASALARIADA EN LA POBLACION  
ACTIVA AGRARIA REGIONAL

Regiones	Miles de personas		% de asalariados del total del PAA	
	1960	1971	1960	1971
Galicia ... ..	80,7	15,2	14,1	2,6
Norte ... ..	19,3	9,9	8,2	4,1
Ebro ... ..	85,8	47,7	25,9	18,3
Nordeste ... ..	75,3	66,3	23,4	23,7
Duero ... ..	126,3	63,1	22,4	12,6
Centro ... ..	257,1	143,2	50,7	40,8
Levante ... ..	259,8	205,3	42,7	51,6
Extremadura ... ..	170,8	99,8	53,9	44,5
Andalucía Oriental ... ..	265,2	215,4	50,7	58,1
Andalucía Occidental ... ..	323,6	241,7	72,0	69,5
Canarias ... ..	77,1	41,6	39,6	33,6

Nota: Se utiliza la clasificación en regiones agrarias del Ministerio de Agricultura.  
Fuente: Banco de Bilbao. *Renta Nacional de España y su distribución provincial*. Años 1960 y 1971.

junto, presiona sobre el sector agrario, imponiendo en él el desarrollo de las formas de producción capitalista.

En la agricultura de gran explotación, ello supone el acentuamiento de esa forma de producción, a través de la clarificación de la posición del propietario y/o empresario y de las relaciones de producción de éstos con el asalariado agrícola. No es sólo que las actitudes «absentistas» y «patriarcales» (según terminología de MARTÍNEZ ALIER), sean superadas por la más común actitud «rentabilista» (10). Es, sobre todo, que la gestión de esta explotación se realiza cada vez más nítidamente desde supuestos de racionalidad económica propios de la empresa capitalista, e igualmente cabe afirmar de su comportamiento y organización como grupo de interés (por supuesto que de aquí no debe seguirse en ningún modo que validemos la ideología «empresarial» como legitimadora de la actual distribución de la propiedad) (11).

En este sentido de mayor clarificación de las relaciones de producción capitalista, se alinean los cambios experimentados en el conjunto de los asalariados agrícolas, cambios que se deducen fundamentalmente del importante descenso numérico de los mismos. En más de 600.000 ha disminuido el número de asalariados agrícolas en el período 1960-71, y eso al suponer un notable descenso de la presión demo-

(10) J. MARTÍNEZ ALIER: *La estabilidad del latifundio* (París, Ruedo Ibérico, 1968), págs. 219 y 55.

(11) *Ibidem*, págs. 321 y 55.

gráfica sobre el empleo, ha significado una mejora de la posición reivindicadora de la clase trabajadora. Como una manifestación de esto, creemos hay que entender la renovación de los conflictos y huelgas en el campo, de las que son ejemplo las habidas en el marco de Jerez, y con ocasión de las campañas de remolacha y algodón en la provincia de Córdoba, en los dos últimos años.

Sin embargo, es la agricultura de carácter familiar la sometida a más intensas tensiones y, en consecuencia, las categorías socioeconómicas de pequeños empresarios y ayudas familiares las más afectadas por el proceso de cambio.

La aparente paradoja de que el desarrollo del capitalismo en la agricultura española de los últimos años no venga acompañado de un incremento del grado de proletarización de su fuerza de trabajo, se resuelve a nuestro entender en dos niveles explicativos. En uno inmediato, por ser los asalariados agrícolas el grupo de agricultores con menos vinculaciones a la tierra y por ello quienes han podido adoptar la decisión de emigrar con más facilidad. En otro menos evidente, que no puede ser recogido por las estadísticas y, sin embargo, más importante, porque lo que se produce es la proletarización del campesino de la llamada «agricultura familiar» (12).

Por dos vías se realiza esta proletarización del pequeño agricultor. La primera, que entendemos como más elemental y que ciertamente no es privativa de nuestro país (13), mediante la enajenación de su fuerza de trabajo en otras explotaciones agrarias, a la que se ve impelido por la necesidad de emplear el trabajo subutilizado en su propia explotación. Es lo que podríamos conocer como proletarización pura.

Por una segunda, a través del establecimiento de unas claras relaciones de dependencia respecto al capital foráneo al sector, de las firmas suministradoras de medios de producción de las industrias transformadoras de productos agrarios y de las entidades de comercialización de las mismas.

Ciertamente que esta situación no es predicable de toda la agricultura familiar. Ante la situación de crisis, la explotación de carácter familiar puede encerrarse en sí misma, proseguir en la producción de especulaciones de mercado garantizadas como las cerealistas e intentar

(12) Una primera aproximación de carácter teórico a este proceso de proletarización, la realizamos recientemente para la Conference of the European Society for Rural Sociology, en la comunicación *Agrarian Social Stratification in Spain: Towards a New Peasant Social Class?* Reading, septiembre de 1974.

(13) Camilo DANELO: *Agricoltura e sviluppo capitalistico in Italia* (Torino, Einaudi, 1972), págs. 116-117.

suplir su escasa productividad con la «explotación» del trabajo familiar (14).

Aquellos empresarios, sin embargo, que opten por la capitalización de sus explotaciones, por la intensificación de su producción, por la dedicación preferente a estas producciones para el mercado (hortofrutícola, ganaderas, etc.), son los que arriesgan la pérdida de su independencia y entran en el proceso de proletarización al que aludimos.

No es este lugar y momento para entrar en la descripción detallada de estas nuevas situaciones, por otro lado aún poco estudiadas. Sin embargo, creemos de interés referirnos a un caso paradigmático por sus perfiles extremos. Es el de los pequeños agricultores dedicados a la producción bajo contrato de tomate para la industria transformadora. El suministro de plantas, créditos de capital circulante para abonos y tratamientos fitosanitarios, la asistencia técnica y el transporte a la fábrica corresponde a la industria. El agricultor aporta sólo el trabajo de las labores de cultivo y fundamentalmente de recolección.

El campesino conserva la propiedad de su tierra, pero ésta ha perdido, a nuestro entender, su carácter de determinante de clase, apenas queda como un mito (15), ya que no le confiere a su titular la tradicional independencia en su capacidad de decisión.

Las relaciones campesino-industria no son ciertamente relaciones entre iguales, sino de neta dependencia y dominación. El agricultor pierde los atributos que le definían como empresario independiente, para asemejarse cada vez en mayor medida a la figura del trabajador a domicilio.

Aun reconociendo que en el presente caso las condiciones sean límites, con mayor o menor grado son éstas las relaciones de dependencia en que desarrollan su actividad una parte creciente de los pequeños agricultores. Y lo que resulta aún más grave, tal parece ser el inevitable proceso en que se ha de ver el campesinado, como una secuela de la carencia de auténticos mecanismos de organización social y profesional.

---

(14) J. M. NAREDO: *La evolución de la agricultura en España* (Barcelona, Estela, 1971), pág. 78.

(15) Bernard LAMBERT: *Les paysans dans la lutte des classes* (París, Editions du Seuil, 1970), págs. 28 y ss.

### III. REPERCUSIONES DE LA CRISIS EN LA ESTRUCTURA SOCIAL AGRARIA

Del análisis realizado de la crisis de alimentos en el mundo, deducíamos que la misma no había de suponer cambios esenciales en el papel asignado a los agricultores en nuestra sociedad. Tampoco, a nuestro entender, esta crisis va a significar una inflexión en el proceso de desarrollo de las formas de producción capitalista en la agricultura, cuya dinámica ha sido nuestra intención recoger, en las páginas siguientes. Sin embargo, es evidente que la situación de crisis afecta de modo indudable a los agricultores, y de forma dispar. Intentaremos ahora describir la naturaleza de estas repercusiones en las distintas categorías de agricultores, y en la estructura social en su conjunto (16).

Para el pequeño campesino de agricultura familiar, dedicado a producciones de escaso riesgo, la presente situación representa un margen de respiro, que se prolonga circunstancialmente, a nuestro juicio, en los años inmediatos.

Acostumbrado a no valorar suficientemente su trabajo entre los costes de producción, ha sido, sin duda, el más afectado por la elevación de precios de los inputs agrarios; hasta el punto de que muchos de ellos sólo pueden zafarse de esa presión mediante una menor utilización de dichos inputs (por ejemplo, reduciendo los abonados). Sin embargo, la crisis cerealista mundial y la elevación de precio del trigo en el mercado internacional trae como consecuencia para nuestro país el arrinconamiento de la política de contraprestación y su sustitución por uno de los estímulos a la producción. Se registran, por tanto, subidas del precio de los cereales y pueden preverse, sin grandes riesgos de errar, que éstos habrán de ser superiores en un futuro inmediato.

El pequeño campesinado experimentará una ligera mejora de su nivel de ingresos. Su supervivencia parece garantizada por nuevas fechas, aun cuando resulte difícil creer en la viabilidad a largo plazo del mantenimiento de su estructura productiva.

No todas las producciones agrarias experimentan, sin embargo, evolución de sus precios de la misma naturaleza. Muchas producciones hortofrutícolas (alcachofas, espárragos, manzanas y cítricos, entre

---

(16) Queremos señalar, aunque resulte ocioso, el carácter necesariamente especulativo de muchas de nuestras apreciaciones en este punto. Ello es inevitable cuando el análisis de los hechos se proyecta en una tarea prospectiva.

otras) y ganaderas (la retracción de la demanda de carne de vacuno es evidente), están enfrentando notables dificultades y no pasan de un horizonte tan esperanzador. Los pequeños agricultores empeñados en la capitalización y modernización de explotaciones dedicadas a estas especulaciones encuentran que este esfuerzo se vuelve contra ellos mismos, y les parece más deseable la posición de partida.

Para aquellos pequeños agricultores de productos agrarios para la industria, la crisis no va a alterar en sustancia el proceso de dependencia. Sin embargo, en los casos de productos de mercado internacional insatisfecho, como es el caso del tomate, su posición negociadora frente a la industria puede verse mejorada. El logro de mejores precios contratados en unos casos, y el incumplimiento de contratos, en una situación de mercado en alza, son sucesos previsibles.

Tal evolución comporta a su vez el riesgo de un descenso de la producción bajo contrato y un mayor incremento de las fórmulas de integración vertical. La necesidad para las industrias transformadoras de conservar sus mercados y para ello de garantizar una creciente fracción de un suministro de materias primas, son razones que pueden impeler a la penetración del capital industrial en la producción agraria.

La gran empresa agraria será indudablemente la mayor beneficiaria de la situación de crisis y de su evolución. Aún admitiendo la existencia de excepciones, como por ejemplo las explotaciones agropecuarias implicadas en fuertes inversiones, son los grandes propietarios los que se encuentran en las mejores condiciones para aprovechar una coyuntura alcista.

Aún cuando la carestía de los medios de producción puede plantearles problemas de capital circulante, están en las mejores condiciones, por la mayor racionalidad de su sistema productivo, para atenuar sus efectos en la estructura de costes. Al tiempo que las economías de escala, que no desaparecen, les permite lograr las mayores ventajas de las elevaciones de precios.

En fin, es la explotación capitalista la que gozando de una mejor información puede, presentando una mayor versatilidad, cambiar su orientación productiva hacia las especulaciones más remuneradoras. Lo que tiene un enorme interés en una situación de dislocación del sistema de precios relativos de los productos agrarios.

Para los asalariados agrícolas estos cambios de cultivos en la dedicación de las tierras son un elemento de inseguridad de trabajo. Tal es, por ejemplo, el resultado del descenso de superficie sembrada de

---

remolacha en Andalucía, que supone un recorte notable de las jornadas de trabajo en muchos pueblos y, en consecuencia, una disminución del nivel de ingresos.

Ciertamente las elevaciones de precios agrícolas son un argumento para la negociación de salarios más altos, pero otros datos entendemos van a tener una incidencia mayor en esa capacidad negociadora del proletariado agrícola. Son estos, fundamentalmente, el freno dado a la emigración exterior como consecuencia de la crisis económica de la Europa industrial y la propia crisis interna de la economía española. Esto supondrá, en el caso más optimista —sin que pueda excluirse el retorno circunstancial a la actitud agraria de personas hoy ocupadas en la industria y los servicios—, la inexistencia de emigración en los próximos años. Este proceso, aún siendo criticable, especialmente en la forma en que se ha producido hasta ahora, ha significado, sin duda alguna, un alivio de la presión demográfica sobre el empleo. Su desaparición significará una agravación del paro eventual en el campo y será causa de una mayor estabilización de los salarios agrícolas, en unos momentos en que la capacidad adquisitiva de los asalariados se deteriora como consecuencia de proceso inflacionario.

En síntesis, la actual crisis de alimentos y la elevación de los precios agrícolas en el mercado internacional, supone la mejor plataforma argumental para que quienes reclaman la representación de los intereses del sector consigan sustanciales elevaciones de precios en pos de objetivos de autoabastecimiento nacional. De ser así, ello significaría de un lado y en virtud del suficientemente conocido mecanismo generador de rentas diferenciales cuando menos la consolidación de las enormes diferencias existentes entre cada una de las categorías de la estructura social agraria.

De otro, arriesgar la pérdida de una oportunidad no superada, de realizar una profunda reforma de las estructuras agrarias que colocara nuestra agricultura en una posición de más clara competitividad a nivel europeo, y al fin retrasar *sine die* la realización de programas de atención directa a los agricultores y de desarrollo de las comunidades rurales.

---